

## INFLUENCIA DEL EJERCITO EN LA GRAN DEPURACION CHINA

Es muy grande, todavía por lo menos, la diferencia—diferencias—entre la depuración china, que no es la primera, aunque sí la más importante hasta ahora, y las que llegaron a ser característica llamativa del régimen soviético en los días de Stalin que precedieron a la Segunda Guerra Mundial. Hay en unas y otras, sin embargo, algo de un singular, extraño parecido: un despliegue impresionante del ancho y complicado aparato de propaganda movilizado para calificar como enemigos irreconciliables del Partido Comunista, de burgueses, reaccionarios y traidores, a las personalidades caídas y que van cayendo. A pesar de los años de larga vida y actuación conjunta, en cargos que en algunos casos han llegado a ser de la mayor responsabilidad y autoridad, en los últimos escaños de la dirección central del Partido, en el Gobierno, en las organizaciones regionales, de distrito y locales, sólo ahora se está haciendo una real y auténtica separación en el rebaño donde las ovejas negras han convivido con las blancas. En algunos casos, como el de Peng Chen, la situación a que se ha llegado pudiera parecer más llamativa todavía por tratarse de un dirigente que formaba parte de los más altos órganos de la dirección del Partido Comunista chino, desde los días mismos de la lenta y metódica reorganización, en las remotas cuevas de Yenán, que siguieron a la Gran Marcha de los años 30, en la que visión, heroísmo, crueldad y tragedia son cualidades llamativas y absolutas, irremediabilmente entremezcladas. Pero en lo que, según *Jiefangjun Pao*—«Diario del Ejército de Liberación», portavoz del Ministerio de Defensa chino, es decir, del Ejército—, empezó hace largos meses («En la reunión del Comité Central del Partido Comunista chino—decía este órgano a mediados del pasado junio—, celebrada en septiembre de 1965, el presidente Mao ha subrayado la necesidad de someter a la crítica la ideología

reaccionaria burguesa.») hay también diferencias notables con lo que acabó siendo el procedimiento tradicional soviético.

Dos diferencias, ante todo, sobre una apenas hace falta nada más que mencionarla, aludir a ella. La ausencia, por lo menos en los comienzos de lo que se ha convertido en una depuración grande y apasionada, por la amplitud, por la duración y por algunos de sus rasgos más espectaculares, de sensacionales procesos judiciales como los montados y desarrollados por la Unión Soviética, en forma que todavía hoy, muchos años después, producen una sensación que es mezcla de asombro y escalofrío, que han desembocado casi invariablemente en largas listas de personalidades, algunas de ellas miembros hasta poco antes de los órganos más altos de la dirección del Partido Comunista y el Gobierno, sentenciadas a comparecer finalmente ante el piquete de ejecución. (Si bien ha llamado mucho la atención una ejecución pública, el pasado junio, en presencia de unas 13.000 personas, la primera que había tenido lugar en China desde hacía seis años, es evidente que se trata de un caso especial y sin una relación directa aparente con esa depuración en gran escala. El ejecutado, Yang Kuo-ching, un joven de diecinueve años, fue calificado de «contrarrevolucionario» y con ello pareció el suceso tener alguna relación con la «revolución cultural» que, de lo mucho que sobre ella se ha hablado, ha llegado a adquirir el carácter de una lucha de clases sin cuartel, era realmente un loco, un esquizofrénico que había atacado con un cuchillo a dos extranjeros con la intención, según se afirmó, de «manchar el buen nombre internacional de China.»)

La otra diferencia, que sí merece aquí mucha atención, tanto por lo que pudiera ser como por las consecuencias posibles, en el caso de alcanzar pleno desarrollo y desembocar en una situación nueva y triunfal, es la aparente influencia militar, o del ejército en el curso, quizá en la iniciación también, de esta depuración, que apenas tendría una explicación satisfactoria de no ser presentada como el aspecto más significativo de lo que es probablemente la lucha por el poder en China. En cualquier caso, y por grande que sea la influencia ideológica y de clase, este factor de lucha por el poder pugna por desplazarse hacia un plano del máximo interés y atención. En ello influye grandemente, sin duda, el hecho de que prácticamente toda la dirección del Partido Comunista chino, es decir, de la nación, está abrumada por los años y, con frecuencia también por los achaques, que suelen exhibir cierta tendencia a hacerles compañía a medida que van subiendo. La dirección del Partido Comunista chino, con una edad media que está por encima de los sesenta

años, se ha hecho vieja de pronto. Después de todo, se trata de un régimen establecido definitivamente no hace tantos años todavía, en 1949, cuando toda la China continental cayó bajo las huestes de Mao Tse-Tung, organizadas, preparadas y entrenadas en las cuevas de Yenán y que a la terminación de la Segunda Guerra Mundial salieron de ellas con el ánimo decidido a correrse con la mayor rapidez posible por todo lo ancho y largo de la China continental, por lo menos.

Pero esta docena y media de años, nada bien medida, no tiene en cuenta algo tan importante como el hecho de que la totalidad, prácticamente, de esta dirección está formada por hombres que ya eran cuadros importantes del Partido cuando la Gran Marcha se puso en movimiento, en octubre de 1934, para concluir 368 días más tarde, después de hacer un recorrido de 10.000 kilómetros, en circunstancias de las que lo menos que se podría decir es que habían sido extraordinarias. Uno de los más jóvenes de estos grandes dirigentes y el que ha sonado con tanta insistencia que ha llegado a producir la impresión de ser uno de los más importantes, quizá ya el más importante, con la excepción de Mao, el mariscal Lin Piao, tiene unos 58 años y está muy enfermo ya desde largo tiempo, por lo que la enfermedad tiene en él todas las características de un mal crónico.

Por eso se quiere descubrir una significación muy especial en este caso, mucho más, sin duda, que la que han podido tener las depuraciones de Stalin, en las que podían ser característica dominante también la lucha por el poder, pero una lucha que podía ser más bien de eliminación de lo que sería o pudiera parecer una aspiración o una sombra que aún no estaba formada del todo, que acaso en muchos casos no hubiese despuntado todavía. Que no hubiese pasado de ser, en realidad, otra cosa que la sospecha o la insinuación de una rivalidad en estado de formación contra la cual convendría actuar a tiempo.

Aunque la crueldad fuese su característica más llamativa, la razón esencial de las depuraciones de Stalin parecía estar en la necesidad de eliminar obstáculos para el futuro más bien que para el presente. En el caso, es decir, en que no se tratase de eliminar obstáculos a los que en un momento crítico pudieran gozar del oído y la confianza de Stalin, circunstancia que podría aprovecharse para desbrozar el camino de posibles malezas y entorpecimientos.

«Puros y duros».

Una situación de esta clase parece mucho menos evidente en el caso de China que en el de la Unión Soviética. Lo cual, tratándose como se trata de regímenes comunistas, en ambos casos vale la pena de ser tenido en cuenta. Es posible que en el fondo sea más llamativa todavía otra diferencia que pugna por lo menos por saltar a la superficie. Mientras que en la U. R. S. S. ha estado de manifiesto una actitud por lo general recelosa—en ocasiones de un recelo sangriento—hacia las fuerzas armadas, el Ejército sobre todo, de manera ostentosa hasta los días de la Segunda Guerra Mundial, en la situación actual (no en la anterior, por supuesto) de China, el Ejército, su dirección, ha venido jugando un papel en apariencia decisivo en una lucha que muchos prefieren considerar en términos menos revolucionarios que los actualmente en uso. Prefieren hablar de «pragmáticos» y «puristas», del choque entre unos dirigentes y sectores que estiman conveniente o tal vez necesario el paso a una fase nueva en la vida de la nación, y sobre todo el mantenimiento de buenas relaciones con la Unión Soviética; y otros que, «puros y duros», han descubierto en un nacionalismo extremista—mucho más, por tanto, antisoviético que antinorteamericano—la esencia y sustancia de una ideología que considera desviacionista, hereje y traidora toda actitud acomodaticia y, por tanto, moderada.

Por debajo de la gran campaña contra el desviacionismo y el «juchevismo», el aburguesamiento reaccionario y la «revolución cultural», que ha movilizadado las masas para una lucha de «clase jamás conocida en la Historia», según la expresión de *Bandera Roja*, órgano teórico del Partido Comunista chino y que ha puesto en evidencia el carácter, claro e inconfundible, de «una lucha a vida o muerte», pudiera tratarse más bien de un fenómeno relativamente frecuente en las situaciones revolucionarias: un desarrollo rápido, frondoso y en ocasiones oportunista quizá del nacionalismo que ayuda o puede ayudar a salir de situaciones difíciles.

Una revolución necesita, ante todo, grandes aspiraciones. Las aspiraciones de la revolución china son nada menos que de dominación mundial. Pero las cosas, que durante algún tiempo parecían tener un desarrollo—una gestación, por lo menos—prometedor, sufrieron tremendos, dislocadores trastornos en rápida sucesión. Por Africa, por Hispanoamérica y, finalmente, por la

misma Asia o partes de la Oceanía, el horizonte se ha ido cerrando y apretando en forma muy desalentadora. El último revés, de ruidosas consecuencias, ha sido el resultado catastrófico del llamado «golpe de octubre» en Indonesia, preparado por el Partido Comunista, de acuerdo o en connivencia con algunas figuras importantes del Gobierno del presidente Sukarno, quizá incluso con el propio Sukarno. Parece que las relaciones entre los partidos comunistas de China e Indonesia estaban centralizadas, por el lado chino, en Peng Chen, precisamente, de quien se sospecha que el grave, imperdonable error cometido no ha sido el haberse inclinado hacia el lado de la Unión Soviética, ni el haber inspirado la más leve sospecha por el lado del servicio leal a Mao, sino el haber aconsejado y presionado para que el Partido Comunista de Indonesia se hiciese con el poder en su totalidad en vez de compartirlo, como venía sucediendo hasta entonces, acaso con el propósito de crear una nueva y muy complicada situación a los Estados Unidos, en vista del cariz que había llegado a tener la guerra del Vietnam.

No hay motivos serios para dudar de la mucha, quizá decisiva, influencia de los acontecimientos internacionales en la vida del actual régimen chino. Lo que había venido sucediendo en el continente africano, donde después de aquella observación de Chou En-Lai, el primer ministro del Gobierno de Pekín, sobre un continente maduro para la revolución, se ha desarrollado un proceso de reacción que fue destrozando una influencia china que parecía llamada a desplazar en poco tiempo a casi todas las representaciones diplomáticas del régimen del generalísimo Chiang Kai-Chek establecidas en el mundo africano, vinieron otros acontecimientos no menos significativos, aunque de menor trascendencia, como la pérdida gradual de influencia de los reducidos grupos y partidos de obediencia china esparcidos por el mundo hispanoamericano. Y, en menor medida todavía, por Europa.

Esto, acoplado a una situación interna que había mejorado notablemente después de los años de sequía, desorganización y casi caos que siguieron al «Gran salto adelante», que a su vez siguió muy de cerca a la inversión rápida y enérgica de la política de concesiones y aparente laxitud de «las cien rosas» en 1957, pero a pesar de todo lo cual sigue haciendo absolutamente necesarias las compras de cereales en grandes cantidades, en el Canadá, en Australia, en Francia inclusive, acabó llevando al régimen de Mao Tse-Tung, ahora que la tendencia a volver la vista hacia atrás pudiera llegar a ser irresistible, a una situación en la que podían ser inevitables nuevas medidas de disciplina y rigor. No sólo por el temor a las consecuencias, siempre posibles

y acaso hasta probables, de la extensión gradual e inevitable de la guerra del Vietnam, sino por causa de la sensación de acogotamiento, de estrangulamiento quizá, que había de ir produciendo el enorme, ahora intensificado, esfuerzo que en la Unión Soviética se estaba haciendo para llenar y transformar los grandes, inmensos todavía, espacios abiertos de la Siberia.

Ya no se trataba sólo de tener a la Siberia como un campo ancho y vago por el cual podría esparcirse en su día una gran parte por lo menos del exceso demográfico de una potencia que había entrado en una fase de rápida expansión, o, en cualquier caso, con grandes necesidades de expansión en todas las direcciones; se trataba de quitar de la imaginación la tortura que suponía lo que el régimen de Moscú estaba haciendo con unas tierras que habían sido, en porciones enormes y en fechas todavía relativamente recientes, arrebatadas a China. El hecho de que la rebatiña fuese practicada por la Rusia zarista contra la China imperial, ¿había movido a la U. R. S. S. a buscar alguna revisión fronteriza a fondo en favor de China? Como la respuesta es evidente. ¿por qué no había el actual régimen chino de reivindicar lo que en otro tiempo había sido patrimonio de la nación más bien que de la dinastía imperial?

*Sentimiento nacionalista.*

Lo que venía sucediendo—otros factores han ejercido también una gran influencia, sin duda, en la gestación y desarrollo de un proceso de antagonismo y rivalidad—era bastante para encender el ánimo de todo chino bien nacido, nacionalista, fuese comunista o no. En el Partido Comunista, ya transformado en instrumento de gobierno, fue introduciéndose un factor nuevo en China, pero no en los partidos comunistas. Lo que hizo Stalin en la U. R. S. S., en los días de la Segunda Guerra Mundial, con tanto hincapié en el aspecto nacionalista y patriótico de una cuestión que había llegado a tener todas las características de un esfuerzo auténticamente decisivo, entre la vida y la muerte, se conserva todavía de manera conspicua en el recuerdo de todos.

La destitución, al fin, del mariscal Peng Te-huai como ministro de Defensa parece haber tenido un solo motivo: su insistencia en el mantenimiento de buenas relaciones con la U. R. S. S., el mantenimiento, sobre todo, de contactos e intercambios entre los dos ejércitos, el chino y el soviético. Lo que, para él, sólo podría redundar en beneficio del Ejército de China.

El desarrollo del nacionalismo hizo grandes progresos en China, a veces con la ayuda de espíritus un poco incontrolados, como Jruschef. Sería exageración grave, acaso error sencillamente, cargar sobre él, sin embargo, más que una especie de responsabilidad indirecta por lo sucedido. A lo sumo, pudo haber acelerado lo que de hecho era un proceso irremediable, como bien se ha ido demostrando posteriormente. Para concluir en situaciones tan cargadas de posibilidades ominosas para el futuro como las nuevas disposiciones chinas sobre la navegación por los ríos llamados chinos, como el Amur y algunos de sus tributarios, en realidad ríos internacionales, puesto que en ocasiones la frontera pasa a lo largo de su cauce mismo.

Se trata de ordenanzas severas, estrictas, rigurosas, que requieren la entrega de todas las armas y municiones que se encuentren en los barcos que se dispongan a navegar por las aguas de estos ríos, que prohíben el uso de radio, bengalas, cohetes y otros equipos de señales, salvo en tiempos de urgencia. así como el bañarse o pescar en aguas jurisdiccionales chinas, o el tomar fotografías, hacer dibujos, levantar mapas o efectuar mediciones sobre la profundidad de esas aguas.

Todo esto apenas puede tener más interpretación que una: poner de relieve el estado de tensión creciente en las relaciones chinosoviéticas. El realzar, en definitiva, el sentido que pudiera tener una declaración hecha hace muy pocos meses todavía, cuando ya esta depuración había alcanzado una gran extensión y amplitud, por el ministro de Asuntos Exteriores chino, mariscal Chen Yi.

«Los rusos—afirmó—han desplegado sus tropas a lo largo de la frontera chinosoviética y se han entregado constantemente a las maniobras militares que presuponen que el enemigo es China. Sus intenciones son claras. Los dirigentes de la Unión Soviética actúan a la manera del ladrón que pide socorro dando gritos contra un ladrón.»

China tiene una gran documentación sobre la cuestión de las fronteras y de los incidentes fronterizos y de los «tratados injustos» que a China fueron impuestos en siglos pasados por los zares rusos, y está dispuesta a publicarla, explicó el mariscal Chen Yi, para que la verdad resplandezca en todo el mundo. Especialmente en vista de la actitud soviética, que no deja de mantener «unas reivindicaciones territoriales irrazonables». Al condenar a los soviéticos por su «chauvinismo» de gran potencia, este ministro de Asuntos Exteriores los acusa también de «haber defendido la agresión criminal del imperialismo

zarista contra China, haber afirmado que sus tratados no han sido injustos, sino que han contribuido a fomentar las relaciones de buena vecindad».

En fin, el mariscal Chen Yi rechaza con indignación anteriores acusaciones soviéticas sobre la demasiada frecuencia, en tiempos recientes, de incidentes por puntos fronterizos entre los dos países. Después de recordar que la U. R. S. S. acusó a China de haber provocado miles y miles de estos incidentes, cinco mil en sólo un año, el de 1962, el mariscal Chen Yi añadió que han sido los rusos única y exclusivamente los que se han entregado a actividades provocativas a lo largo de la frontera y sus proximidades y que con su conducta han creado, entre los años de 1960 y 1965, más de cinco mil incidentes de todas clases. Una de las acusaciones de Chen Yi es que, como ya se publicó en 1963, los rusos habían forzado o incitado a 60.000 habitantes de la provincia de Sinkiang a pasar a territorio de la Unión Soviética, al otro lado de la frontera. Con el triunfo del comunismo en China, Moscú abandonó—o suspendió—en cualquier caso las reivindicaciones y reclamaciones sobre la provincia de Sinkiang, pero aquella actitud, adoptada en aras de una amistad que se prometía larga y feliz, fue de corta duración. Todo está cambiado por esas y otras porciones del continente asiático atravesadas por la frontera chinosoviética y por todas partes hay indicios más o menos graves de que el ambiente ha dejado de ser amistoso para volverse agrio, tenso, acaso amenazador también.

Esto es ya de enorme importancia y pesa, sin duda, en los acontecimientos que producen ahora la impresión de estar dominados, en cuanto a China, por una campaña de depuración en la que el espíritu nacionalista, en apariencia muy desarrollado, pudiera muy bien ser un factor de especial, acaso excepcional importancia. En ese caso se comprendería mejor el papel, en apariencia de tanta importancia, que ha venido jugando en el desarrollo de esta campaña de depuración el Ejército, representado por el mariscal Lin Piao y cuyo portavoz principal es ese «Diario del Ejército de Liberación», en el que no sólo se ha venido hablando mucho de la importancia de la «revolución cultural», que parece haber despertado, a latigazos, la sensibilidad y la emoción de un partido que pudiera estar cayendo en un desalentador ambiente de abandono y letargo para el mejor y más cómodo disfrute de los beneficios y ventajas del poder.

*La lucha por el poder.*

Todo lo que se hace se hace, por supuesto, en nombre y por instrucción de Mao Tse-Tung, del hombre a quien se llama, con evidentes muestras de respeto, de devoción quizá, el «presidente Mao», no por ser presidente de la nación, cargo que ocupa Liu Shao-Chi, de 68 años, considerado como uno de los grandes teóricos del partido y acaso por ello hombre poco práctico, sino por ser presidente del Comité Central del partido. Así, ha podido ofrecer una lista de acontecimientos especiales que sirven a modo de introducción a lo que se venía preparando desde el otoño pasado y que alcanzó grandes dimensiones con la decisión de destituir como jefe de la sección del partido en Pekín, la capital de China, a Peng Chen. Era, hasta entonces, una de las figuras más importantes de todas las que había, no sólo por ocupar teóricamente, en cualquier caso, un punto relativamente cercano a Mao, el noveno, sino porque en la práctica parecía estar bastante más cerca aún, en el quinto o el sexto lugar a lo sumo, puesto que en este reducido grupo había algunos que tenían ya más de ochenta años y apenas podían llenar cargos de un cierto carácter efectivo. El caso de Peng era completamente distinto. No sólo se le había visto con frecuencia al lado de Mao—no en meses recientes, sin embargo, no desde que las cosas de Indonesia empezaron a marchar ruinosamente mal para el Partido Comunista, el indonesio para empezar, que ha quedado enteramente destrozado, sino para el chino también, cuyo prestigio ha sufrido un golpe que lo ha hundido en una situación de la que habrá de serle difícil salir—, sino que era relativamente joven, 67 años, y gozaba de una gran popularidad. El hecho de ser alcalde de Pekín, además de jefe de la organización local del partido, había sido una ocasión magnífica para un hombre como él, sonriente, afable, extravertido. Con la excepción de Mao y posiblemente de Liu Shao-Chi, sólo Chou En-Lai podría hacer alguna sombra por el lado personal de la cuestión.

Eso se creía, por lo menos. Razón de más para pensar una y otra vez en Peng como posible y acaso probable sucesor de Mao, del hombre que dirige, se insiste mucho en ello, esta fantástica «revolución cultural», pero desde las sombras, ya que apenas se tiene noticia de su presencia en público. A ninguno de los que se consideran muy al tanto de lo que sucede en China se le hubiera ocurrido pensar, por ejemplo, en Chou En-Lai como el sucesor de Mao.

Se han aducido razones poderosas. Una, muy importante, que está en-

fermo también desde hace largos años. Otra, que carece totalmente de ambición. Una más, acaso también de mucho peso, que es—ha sido, por lo menos un gran trabajador, un ejecutor fiel, completamente desprovisto de sentimientos y emociones, de las tareas que se le pudiesen encomendar, pero no un hombre de iniciativas y recursos mentales. No un hombre esencialmente dotado para cargar con las altas responsabilidades del gobierno de una gran potencia. Al pensar en Chou En-Lai no podría dejar de pensarse también en Uyacheslao-Molotov, figura de primera fila durante tanto tiempo, pero siempre un segundón o algo menos.

Por ese proceso de eliminación resultaba fácil llegar a la conclusión de que en el panorama chino del momento no se acababa de descubrir nada realmente significativo, de talla, entre Mao Tse-Tung y Peng Chen. Es decir, hasta que empezó a sonar el nombre del mariscal Lin Piao y al mismo tiempo, y en forma que parecía, acaso inconscientemente, empezó a llamar la atención una asociación curiosa de su nombre con otro, el de Teng Hsiao-Ping, desde hace una decena de años secretario del Secretariado del Comité Central, es decir, la persona más importante, tal vez, en la organización del partido, siempre después de Mao, por supuesto.

Al llegar a este punto aumenta con mucha prisa el interés, acaso la significación, de lo que ha venido diciendo ese órgano del Ministerio de Defensa chino, que hace poco presentó en forma resumida las ocasiones en que «el presidente Mao» había intervenido, es de suponer que personalmente, para la realización de tareas que conducen con facilidad a centrar la atención en el recelo, la sospecha que le inspiraban la disensión y la crítica intelectuales, lo que ha sido, en cierto modo, el blanco preferido de los disparos hechos durante el desarrollo de esta gran campaña de depuración.

En mayo de 1951, cuando apenas hacía año y medio que el generalísimo Chiang Kai-Chek y los restos de su ejército habían sido arrojados de la China continental, se advirtió una grave y peligrosa infección de la ideología burguesa en una película en la que se desarrollaba un argumento tejido en torno a la vida de un filántropo del siglo pasado. Por espacio de varias semanas estuvo en desarrollo una campaña apasionada contra el director de esta película.

Tres años y medio después, en septiembre de 1954, empezó y se desarrolló otra gran campaña contra un crítico literario que había tomado como pretexto una novela china famosa, *El sueño de la Cámara Roja*, para hacer un estudio en el cual repudiaba nada menos que su significación antifeudal.

Al año siguiente, en mayo, vino la campaña, de especial dureza, contra Hu Feng, escritor y comunista activo, autor de un artículo en el que se hacía una crítica del partido. El nombre de Hu no volvió a sonar, por lo que se tuvo la sospecha de que había sido detenido.

En junio de 1957, a poco de haberse anunciado por el propio Mao el comienzo de una política en la que había sitio abundante para las diferencias de opinión, como en el jardín en que podían admirarse «las cien rosas», ninguna de las cuales sería exactamente igual que la otra, se desató una breve pero agria campaña contra críticos y discrepantes, contra los «derechistas burgueses» que andaban incansables a la caza de la ocasión para levantar la cabeza y volver a las suyas.

Finalmente, en septiembre de 1959, casi al cumplirse el décimo aniversario de la extensión del poder comunista por toda la China continental, estalló la campaña contra los intelectuales otra vez. Se les acusaba de haberse ensañado con sus críticas demoledoras en el «Gran salto adelante», y lo que de él fue saliendo, demasiado pronto para no establecer una devastadora relación de causa y efecto, y que tuvo como consecuencia la caída de muchas figuras del partido, algunas de ellas depuestos en los órganos directivos y uno de los cuales, el más sonado fuera de China, fue el mariscal Peng Te-Huai, entonces ministro de Defensa. No hay motivos para suponer que hubiese caído por considerársele relacionado directamente con la causa primera de aquella campaña, pero entonces, como ahora, una campaña de depuración podía ser desviada y extendida con facilidad en direcciones diversas, acaso originariamente insospechadas.

Como Mao Tse-Tung ha dicho, y desde entonces no se ha dejado de repetir, «una sola chispa basta para incendiar un bosque». Cualquiera que hubiese sido la naturaleza, y las primeras consecuencias de la chispa que Mao mismo hizo saltar, según este órgano del Ministerio de Defensa chino, en aquella reunión del Comité Central, de hace ya casi un año, no hay duda que el incendio ha alcanzado dimensiones devastadoras y que se ha extendido en direcciones tales que se ha perdido de vista, acaso totalmente, el origen real y el propósito inicial de la campaña.

La situación interna no es buena, aunque es mucho mejor de lo que era en los días en que se hicieron cosas con tanta energía y decisión que la población campesina, casi en su totalidad, quedó agrupada, distribuida entre 26.000 comunas y las moscas fueron extirpadas de una manera tan radical que un corresponsal norteamericano—que viajaba con pasaporte francés, gracias a lo

cual pudo hacer lo que el Gobierno de Pekín no había permitido a periodista alguno con pasaporte de los Estados Unidos—no pudo ver una sola mosca en varias semanas de viajes y visitas desde Hong Kong hasta Pekín y de regreso, ni siquiera en los montones de estiércol preparados para abonar la tierra. El lado francamente malo de la situación es el que apunta de las fronteras afuera. O tal vez amenace—se crea que amenaza—desde el exterior de las fronteras, con miras a presionar, por lo menos sobre un régimen que ha adoptado una actitud extremadamente agresiva en sus relaciones, ya sea con los Estados Unidos, con la U. R. S. S. y con cualquiera que en un momento dado adoptase una política o una actitud que el régimen de Pekín llegue a considerar como altamente desagradable.

*Contra la U. R. S. S.*

Con el fondo, ese fondo intrigante en el que pudiera estar sepultada la significación real de lo que está sucediendo, de ese papel que han venido jugando el «Diario del Ejército de Liberación», y, posiblemente, el mariscal Lin Piao, la campaña de depuración china se ha bifurcado para marchar principalmente en dos direcciones. Una es la que concentra una atención especial en el aspecto llamado cultural y que ha tenido resultados tan llamativos como la destitución de presidentes de Universidades tan prestigiosas en China como la de Pekín y la de Nankín, de directores y redactores jefes de varios periódicos, algunos de ellos órganos principales del Partido Comunista, de poetas, historiadores, presidentes de academias científicas, críticos literarios y musicales, etc. De los cuatro nuevos viceministros de Cultura nombrados recientemente dos son oficiales del Ejército, Hsiao Wang-Sung y Yen Chin-Sheng, motivo suficiente para pensar en la creciente influencia de Lin Piao.

La otra dirección apunta más bien hacia el lado tradicional de las depuraciones comunistas, donde todo lo que es motivo de ataque es acusado de reaccionarismo, desviacionismo, aberraciones burguesas y otras cosas por el estilo. En este caso concreto, el aspecto burgués y reaccionario de los enemigos del partido, de los que sueñan con el restablecimiento de la burguesía y el imperialismo, se añade como gravísimo delito político y nacional el desviacionismo jruschevista, que lleva implícita la idea del intento de aproximación hacia la grande y poderosa potencia vecina a lo largo de miles de kilómetros de frontera común.

En un caso y en el otro se ha creído advertir la mucha influencia de

Teng Hsiao-Ping, a quien se cree que Lin Piao está asociado, que además de secretario del Comité Central está considerado como un hombre duro y un enemigo de Peng Chen. La estrella de Teng había subido con mucha rapidez en los últimos tiempos; tiene 63 años, lo que le sitúa claramente entre los «jóvenes» del grupo de primeras personalidades del régimen chino y si, como se dice, está íntimamente compenetrado con el mariscal Lin Piao, podría muy bien estar llamado a jugar un papel decisivo en la vida de China.

Teng, asociado con Lin, pudiera imprimir un rumbo nuevo y especialmente duro al régimen comunista chino. Pero, al mismo tiempo, acaso más tolerable desde el punto de visto exterior. Por lo menos desde el punto de los Estados Unidos. Se tiene la impresión que su política, de llegar a convertirse en una influencia decisiva, se orientaría de una manera resuelta hacia el interior, para el desarrollo amplio y rápido de los recursos naturales del país, sin olvidarse, por supuesto, de la energía atómica, y a desviar atenciones e intereses de lo que está más allá de las fronteras nacionales, ya se trate del Vietnam o del continente africano. Bajo la dirección de Teng y Lin el régimen chino podría entrar en una fase nueva—es decir, siempre que la guerra del Vietnam no lo impidiese—, parecida en cierto modo a la etapa en que Stalin hizo un hincapié decisivo en transformar al campo de las realizaciones prácticas la consigna de «el socialismo en un solo país», en oposición abierta a la teoría—y la agitación—de Trotsky en favor de la revolución permanente, que es algo a lo que se ha dado expresión en China con la teoría sobre la guerra inevitable entre el campo y las ciudades, ideas en este caso simbolizadas por los países subdesarrollados por un lado y por los países altamente industrializados por el otro.

De triunfar Teng y Lin, China podría estar llamada a pasar por una fase que volvería en cierto modo, sólo en cierto modo y en escala limitada, hacia una actitud tradicional de recelo ante lo externo—de lo cual aspecto esencial sería la U. R. S. S.—y de buscar, en consecuencia, la salvación de fronteras adentro.

Se podría también esperar el comienzo de una nueva campaña de depuración—la continuación e intensificación, quizá, de la que ha desviado mucha de la atención en la dirección de China—, acaso más dura y más ancha que todo lo conocido hasta ahora. En ese caso, lo que dicen el «Diario del Ejército de Liberación Nacional» y otros órganos comunistas apenas serviría para otra cosa que para abrir perspectivas hacia un futuro de persecución, quizá de mucho derramamiento de sangre también.

En uno de sus editoriales decía el portavoz del Ministerio de Defensa, al poner en evidencia a «un grupo de elementos contrarrevolucionarios, anti-socialistas y antipartido»:

«Ciertos individuos se han dejado corromper, han perdido la combatividad, han hecho demostración de repugnancia por el servicio militar y han llegado incluso a ser partidarios de los escritores desviacionistas.

«Nuestro Ejército—añadía—es el pilar de la dictadura del proletariado. Por eso todos los contrarrevolucionarios lo odian y lo temen. Intentan, invariablemente, ejercer influencia sobre nuestro Ejército mediante la utilización de los medios de propaganda de que disponen para corromper a esos de nuestros hombres que tienen la responsabilidad de las armas y para incitarlos a ponerlas a su servicio. Sin duda, sus designios no prevalecerán. Pero si nosotros aflojamos la vigilancia los contrarrevolucionarios no dejarán pasar por alto la ocasión de infiltrarse en nuestro Ejército.

En cualquier caso, nosotros no podemos permitir a estos individuos del género jruschevista que se encastillen en nuestra misma casa. Las armas están desprovistas de inteligencia. Si la ideología de los hombres que las manejan cambia, servirán a otros amos y a otra causa...».

¿Se trata de un dilema planteado con gran claridad? Acaso sea, en el momento de resumir un aspecto, sólo un aspecto, porque el tema es ancho y de una gran variedad, de la situación a que se ha llegado en China, una manera de llamar la atención para justificar, mediante apelaciones apremiantes a las «masas proletarias», lo que puede ser sólo una lucha, dura y agria, por el poder. O quizá la manera de ventilar, al mismo tiempo que se decide la lucha por el poder, una cuestión a la que el régimen no hubiese querido hacer frente. Con graves problemas internos, con golpes tremendos al prestigio revolucionario del Partido Comunista chino como los sufridos en el continente africano, en Hispanoamérica, y sobre todo en Indonesia, con situaciones tan inciertas y, además, tan peligrosas como la de China y con una tirantez extrema en las relaciones con la Unión Soviética, ¿hasta dónde se podría llegar?

Posiblemente hasta el momento en que tuviese alguna significación una larga advertencia de *Bandera Roja*, el órgano teórico del Partido Comunista chino, en la que se hacían preguntas altamente llamativas, después de advertir que «el enemigo tiene el sable preparado, en acecho. Quiere cortarnos la cabeza. Quiere invertir nuestro poder político. ¿Cómo no se ve esto? ¿Cómo no se comprende esto? ¿Cómo es que no se le presta ninguna atención?»

En los momentos en que era mucha, sin duda, la atención puesta en China, en vista del carácter y la magnitud de la gran depuración en curso, el ministro de Asuntos Exteriores, mariscal Chen Yi, produjo la impresión de querer salir al paso de cualquier impresión equivocada o penosa que sólo podría ser la consecuencia directa del trabajo que estaban haciendo los enemigos de la «revolución cultural proletaria» en curso. Con la gran esperanza, sin duda, de aumentar la confusión y crear así un ambiente favorable a sus designios, a llevar sus planes y propósitos a la realidad.

«Al ver que nos encontramos llevando a cabo—dijo—una revolución cultural en gran escala, un puñado de imperialistas y sus secuaces creen que algo anda mal en nuestro país y con el poder del Estado, y que muy bien pudiera ser que saliesen ganando algo de todo ello. Si tratan de ganar algo con esto, estos señores son más estúpidos que los cerdos».

No es una manera muy elegante de llegar a la terminación, muy esquemática. de este resumen sobre la situación china, pero es, sin duda, una manera gráfica de presentar el estado de ánimo de uno de los portavoces principales de una depuración que se presenta como una «revolución cultural».

JACINTO MERCADAL.



*CRONOLOGIA*

